

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO.

La ambición, cuento de viejas.—El azúcar.—Las mareas.—La media noche, cuentos de ángeles, por Federico Guillermo Faber.—Flor del alma.—Historia de la patata.—Modas.—Anécdotas.—Cuentos de Schmid.—Explicación del figurín iluminado.

LA AMBICION.

CUENTO DE VIEJAS.

Cuentan las crónicas de los tiempos en que el alma de Garibay andaba por los espacios, que un pescador, pobre como el símbolo de la pobreza, había tomado por esposa á una mujer tan terca, y de un genio tan ágrío, que el pobre maldecía interiormente el momento en que tuvo la debilidad de casarse con ella.

Habitaban juntos una cabaña, si merece este nombre la union de cuatro tablas y un poco de tierra húmeda á las orillas del mar, por ser el mar el que proporcionaba el sustento á nuestro matrimonio, dando pródigo á sus redes besugos, carpas, barbos y sardinas.

Sucedió, pues, que un día nuestro pescador, á quien llamaremos

Mateo, había estado tendiendo sus redes vanamente en las horas de mayor sol, y ya desesperado las retiraba por última vez, decidido á marcharse, cuando notó que no estaban vacías.

Apresuróse á sacarlas, y lleno de júbilo avanzó la mano para aprehender á un hermoso barbo que coleaba entre las mallas; pero quedó sobrecogido de espanto al oír que le llamaba por su nombre.

Pegó un brinco hácia atrás, y no sin pavor escuchó que le decía: «Mateo, vuélveme á echar al agua, y mi reconocimiento será eterno. Soy un Príncipe encantado, y haré por tí cuanto quieras; á más de que no estoy bastante gordo para ser comido, mi categoría y mis desgracias me hacen inviolable, según un artículo de la Constitución, aprobada en las Cortes del rey Perico.»

Mateo, que no las tenía todas consigo oyendo hablar á un pez de

política, lo soltó al momento, y el barbo desapareció entre las aguas, dejando en la superficie una porcion de espuma.

El pescador volvió á su choza pensando en el Príncipe encantado, y en toda la noche no pudo conciliar el sueño.

Su mujer le abrumaba á preguntas, y Mateo á la madrugada le contó de pé á pá todo el lance, por lo que ella le dijo :

—Mateo, eres un asno.

Mateo, acostumbrado á tales flores, en vez de ofenderse, no hizo más que preguntarle la causa, y Cándida, pues era Cándida de nombre la mujer, le repuso :

—¿Por qué me preguntas? ¿Con que tras de no comer nada en todo el dia de ayer, pescas á un Príncipe encantado y le dejas escapar sin pedirle siquiera que nos dé una casa más decente que ésta? Véte á buscarle, que no tendrá dificultad en hacerlo, anda.

Mateo, para quien era una orden cualquier capricho de su esposa, marchó á obedecerla, aunque dudando del éxito.

Llegado que fué al término de su camino vió las ondas que apaciblemente lamian la arenosa playa salir presurosas á su encuentro hasta mojar sus piés.

Entónces, con voz temblona y dirigiéndose á las aguas, exclamó :

Príncipe, que el tiempo
En barbo volvió,
Si de mi te acuerdas
Escucha mi voz.

Y las ondas se dividieron para dar salida á la cabeza del pez, quien preguntó á Mateo qué se le ofrecia.

—¡Ah! señor, dijo éste quitándose el sombrero humildemente; mi mujer cree que debierais haber pagado vuestra libertad dándonos una cabaña que fuera habitable.

—Vuelve, que ya la tienes.

Desapareció el barbo, y Mateo se dirigió lentamente á su choza, cada vez más pensativo; pero subió de punto su sorpresa al ver que habia aquélla desaparecido, estando en su lugar una bonita y espaciosa cabaña, que más parecia una granja, por el jardin, huerta y demas comodidades, que nunca habia soñado poseer.

Cándida estaba sentada á la puerta, y así que vió á Mateo le agarró por la mano, y le mostró las piezas interiores, limpias y bien arregladas, por lo que no pudo ménos de exclamar: «¡Qué felices vamos á ser aqui! Espero que ya estarás satisfecho.....»

—Lo pensaremos, le repuso Cándida.

Y pasaron ocho días.

Al noveno estaba Cándida agitada.

Al décimo no pudo dominarse, y dijo al pescador:

—Mateo, esta casa tiene muy pocas comodidades. El barbo que te debe la vida podría muy bien habernos dado un castillo en señal de agradecimiento, y no esta cabaña en que no puedo respirar libremente. Anda, ve á buscarle, que puede muy bien hacerlo.

—Pero mujer, le contestó Mateo, ¿no tienes bastante con una casa que tan lejanos estábamos de soñar? Mira que la avaricia rompe el saco, y que el barbo no podrá darnos un castillo.

Cándida hizo un gesto imperioso, y Mateo, contra su voluntad, marchó á obedecerla.

Llegó á la orilla del mar.

El agua estaba agitada y de un color amarillento; las olas se estrellaban impetuosamente contra los peñascos, y el sol lucía con muy ténue resplandor.

Mateo se adelantó con el sombrero en la mano, y aunque más muerto que vivo, dejó escapar estas palabras:

Príncipe, que el tiempo
En barbo volvió,
Si de mí te acuerdas
Escucha mi voz.

Y el pez volvió á sacar su escamosa fisonomía, para preguntarle: ¿qué se te ofrece?

—Ay, señor! le repuso Mateo, mi mujer quiere un castillo.....

—Véte á buscarla, que ya lo tiene, dijo el barbo desapareciendo entre el espumoso oleaje.

El pescador se marchó, y al llegar al sitio en que estuviera su habitacion, la encontró cambiada en un magnífico castillo.

Cubriendo el foso que lo rodeaba se veía el puente levadizo, y entre las almenas de la torre se hallaba su esposa Cándida, cubierta de galas, y que al verle bajó hasta el patio, adornado de mil trofeos militares y de caza.

En todo el castillo reinaba gran animacion, y una infinidad de doncellas recibieron á Mateo, cubriéndole con un jubon de terciopelo verde bordado de oro, y perfumando todo su cuerpo con escogidas esencias.

Mateo las dejaba hacer, porque la condicion humana no extraña ninguna mejora en las costumbres.

Cogió á Cándida del brazo, y

juntos recorrieron las cámaras espaciosas, amuebladas con el mayor gusto y riqueza.

Llegó la noche, y al acostarse en un lecho de bordadas colgaduras y colchones de pluma, no pudo ménos de exclamar :

— ¡Qué hermoso es todo esto!..... Espero que te hallarás contenta y no ambicionarás nada.....

— Lo pensaremos despacio, le contestó su mujer ; y ambos se entregaron al sueño, sin echar de ménos el tablado y el jergon de paja que hasta entónces habian usado, ni desvelarles el cuidado de un mañana que tenía que llegar.

Cándida únicamente se despertó al amanecer, y dándole un codazo, dijo á su marido :

— Mateo, soy muy desgraciada. El barbo ha sido muy ingrato dándonos en premio de su vida este castillo únicamente. Yo necesito ser reina.

Mateo se estremeció, pues le desagradaba la ambicion de su mujer. ¿Y para qué quieres ser reina? le dijo. ¿No te bastan las mil comodidades que te rodean, las cien doncellas que esperan tus órdenes y adivinan tus deseos? Además de que el barbo no te puede hacer reina : es imposible.

— Anda, maridito mio, sé complaciente ; y con una coquetería á toda prueba, se colgó de su cuello, abrazándole con amor.

Mateo no pudo resistir á las caricias, como no podia resistir á las amenazas, y se dirigió á la playa, aunque murmurando por el camino : Esto no está en el orden..... esto no es regular.....

Al llegar cerca del mar vió las aguas agitadas y de color ceniciento, exhalando un olor fétido.

Se adelantó temblando, y exclamó con la voz con que el criminal arrepentido confiesa su delito :

Príncipe, que el tiempo
En barbo volvió,
Si de mí te acuerdas
Escucha mi voz

Y el Príncipe convertido en barbo asomó la cabeza á la superficie para preguntarle qué le quería.

— Ay señor, dijo el pobre hombre dándole vueltas á su gorra entre las manos, mi mujer dice que se ha portado Vd. con mucha tacañería al darle el castillo, y quiere ser reina.

— Véte á buscarla, que ya lo es: y volvió á sumergirse en las aguas.

Mateo siguió el camino por que habia ido tantas veces mientras fuera pescador, y al fin de él se

encontró un magnífico palacio, todo de mármol y de oro, á cuya puerta estaban de guardia una infinidad de guerreros, cuyas corazas lanzaban mil rayos al resplandor del sol.

No bien le divisaron, acudieron todos á sus armas que le presentaron, y una charanga de cazadores (pues el país éste conocia las charangas ántes que nosotros), tocó durante el tránsito del primer patio la marcha real.

Subió una escalera alfombrada de terciopelo blanco y llegó al salón del trono, lleno á la sazón de unos seres llenos de bordados que desfilaban por delante de su mujer, besándole la mano, y se marchaban tan contentos.

Aquellos seres eran cortesanos.

Subió las gradas del trono, y cuando estuvieron solos se paró delante de Cándida, á quien no se atrevia á abrazar por miedo de estropear sus vestiduras de armiño ó hacer que cayese sobre sus piés una corona de oro macizo que pesaba ochenta arrobas, adornada con brillantes del tamaño de una naranja y rubís tan grandes como un pimientón colorado de la Rioja.

Se asomaron al balcón principal y vieron salir á sus ministros que recibían más pruebas de respeto que ellos mismos.

Al ver aquel espectáculo, Cándida no pudo contener su furor, y dijo al pobre Mateo, que no se atrevia á decirle nada:

—Yo soy aquí la reina, y tú no eres más que mi marido. No podré dormir esta noche tranquila pensando que hay quien puede más que yo.

Marcha á buscar al barbo y dile que quiero ser Papa.

Pero mujer, le dijo su marido, considera que no hay más que un Papa en la cristiandad y que el barbo no puede complacerte.

—Es decir que nadie me obedece? ¿Es decir que soy una reina en el nombre nada más?

—Pero mujer....

—Si no hacés mi gusto, si me diriges una sola palabra más, te mando ahorcar enfrente de mis balcones, y dejo tu cuerpo para que se lo coman los cuervos.

Ántes de que concluyese esta oración, estaba Mateo fuera del palacio caminando hácia el mar. Las aguas estaban verde-oscuras, y las olas se juntaban á las nubes contra las que se estrellaban. Un olor de azufre y mistos de Tolosa hacia casi imposible la respiración y el hidrógeno y oxígeno habían abandonado la playa.

Mateo se tapó las narices, y

temblando como un borrico de gitano que marcha á la feria, llamó al pez :

Príncipe, que el tiempo
En barbo volvió,
Si de mí te acuerdas
Escucha mi voz.

Y el barbo, descendiendo del extremo de una ola más alta que la torre de Santa Cruz, fué á caer á los pies de Mateo, preguntándole : ¿Qué me quieres?

—Mi mujer se ha empeñado en ser Papa, y....

—Vuelve á buscarla, que ya lo es.

Marchóse precipitadamente el pobre Mateo, y de tal modo corrió, que en ménos de cuatro minutos llegó hasta Roma.

Entró en la mansion papal y quedó deslumbrado. Sobre un trono de diamantes de una sola pieza estaba sentada Cándida.

A los dos lados se veían cirios pascuales de dos kilómetros de largo, de los que tomaban su luz las estrellas.

Toda la habitacion parecia empapelada de rojo ó presa de las llamas.... ¡Tantos Cardenales habial y una infinidad de pajecillos, cual otros tantos satélites, pululaban por las antecámaras y descansos.

El pobre pescador estaba tan atónito que no osaba mirar de frente á su mujer, revestida de todos los atributos de su nueva dignidad : fué necesario que ésta le llamase tres veces consecutivas para marchar á su lado y abrazarla.

¡Ay, mujer, qué dicha, dijo el pobre Juan Lanas : ya eres Papa, y creo que estarás contenta.

Dieron la once de la noche, y el Papa y su marido (y aquí se me ocurre que ningun historiador hace mérito de este Papa) se fueron á acostar.

Pasaron seis horas sin que nada de particular aconteciera, al cabo de las cuales un ténue resplandor, pálido y tranquilo, apareció en el Oriente. Casi al mismo tiempo se elevó hasta el cielo un melodioso coro de mil voces que saludaban al astro del día, y los primeros ruidos de la mañana fueron sustituyendo poco á poco la calma de la noche.

Cándida se despertó tambien y pegó un codazo á Mateo, el que asimismo lo verificó, aunque gruñendo y de mala gana.

—Escucha, le dijo su mujer ; el sol ha salido sin pedirme permiso y no lo puedo sufrir tranquilamente. Ve á buscar al barbo y dile que quiero ser igual á Dios.

Mateo se restregó primero los ojos, como para preguntar si era presa de alguna pesadilla, pero al conocer su verdadera aunque triste situación, se tiró espantado del lecho y principió á hablar.

Estuvo tierno, patético, razonador, furioso, elocuente, humilde, amenazador; lloró, rogó, suplicó, inventó recursos oratorios desconocidos.... Todo en vano.

Su mujer, semejante á la pitonisa de Delfos, estaba hecha una furia. Una espuma blanca manchaba sus labios, sus cabellos estaban crispados, de su frente se desprendía un sudor glacial, y, por último, presa de un arrebató de demencia, le pegó un puntapié en la cara á Mateo.

Entónces éste, viendo la *fuerza moral* de su cónyuge, no vió para librarse de sus iras más remedio que obedecer.... y obedeció.

Al llegar á la orilla del mar vió toda la superficie de las aguas negras como el crimen, roja como el fuego y dejando asomar lenguas de fuego que no se extinguían á su contacto.

Despedía un olor, como debe sin duda despedirlo la mansion del castigo, y el cielo se encapotaba y las flores se ajaban; y toda la playa se hallaba cubierta de aves

muertas y despojos de buques que habian naufragado.

Mateo se adelantó, y puesto de rodillas, exclamó:

Príncipe, que el tiempo
En barbo volvió,
Si de mí te acuerdas
Escucha mi voz.

El barbo asomó la cabeza y le preguntó:

—¿Qué se te ofrece?

—¡Ay señor! Mi mujer quiere ser igual al buen Dios.

—Vuelve á buscarla.

El barbo desapareció y Mateo partió corriendo de aquel sitio, sin volver atras la cabeza. A los pocos pasos encontró á su mujer á la puerta de la miserable cabaña en que los conocimos por la vez primera. Estaba hilando.

O. Y B.

AZÚCAR.

Todos conoceis el azúcar, amigos míos, á todos os gustará probablemente, pero no sabeis cómo se hace: una multitud de plantas contienen esta sustancia, de la que hoy día se hace un uso tan general: el arce, el maíz, la za-

nahoria, la remolacha, etc., son las principales; pero la que le encierra en más cantidad es una especie de caña llamada *caña de azúcar*, que procede de los países cálidos. Esta planta trae su origen de la India, en Asia; diversos troncos salen de su raíz, siendo su altura de dos á cinco metros y su grueso de tres á cuatro centímetros. A iguales distancias tiene nudos parecidos á los del trigo y de ellos nacen hojas que los abrazan. Las extremidades de los troncos son las que se plantan en la tierra preparada. Estas estacas son las que echan raíces; á los diez ó doce meses se caen las hojas de la parte inferior y el tronco se presenta lleno de un jugo azucarado que se extrae por medio de cilindros verticales, de hierro ó de madera muy dura, movidos por las aspas de un molino de viento. Esta presión hace salir el zumo del azúcar, que es preciso cocer inmediatamente. Se le mezcla con creta ó cal que se lleva la parte ácida, y cuando el zumo del azúcar hierve, se le espuma, se le deja espesar y se pasa en seguida por una tela de lana, recogiendo para evaporarlo de nuevo. El producto llamado *cochura* se enfria en un condensador, donde se desgrana. Por los

agujeros practicados se escapa la *melaza*, sustancia que queda siempre líquida. Es preciso después refinar el azúcar, para lo cual se la disuelve en agua de cal, se la pone al fuego, añadiéndola sangre de buey, que se endurece rápidamente con el calor. Esta operación desembaraza al líquido de todos los cuerpos extraños; se espuma en seguida y se evapora el jarabe después de haberlo decolorado por medio del carbon animal molido. Por último, se mete la pasta en moldes que tienen la forma de un cono. Este cono tiene su vértice hacia abajo y en él un agujero que cae sobre una vasija. Por ese agujero es por donde se vierte la melaza que queda en el azúcar. Se coloca una capa de arcilla mojada sobre la superficie del pilón de azúcar. El agua filtra lentamente á través del azúcar y arrastra todo el melote que pudiera quedar entre los cristales. Después de algunos días, no hay más que hacer secar los pilones de azúcar en una estufa ú hornillo, y envolverlos en un papel muy fuerte.

Para extraer el azúcar de la remolacha, es preciso empezar por rasparla, sometiéndola después á una fuerte presión para exprimir el jugo. Al cabo de tres presiones

se obtiene en líquido las tres cuartas partes del peso total de las remolachas. Ese jugo se trabaja entónces como el de caña. El orujo sirve de alimento á los ganados y las hojas son un buen abono.

La necesidad es la que ha hecho descubrir el arte de fabricar el azúcar de remolacha. Durante la guerra que Francia sostuvo con Inglaterra, bajo el reinado del emperador Napoleon I, el azúcar no

podía llegar de las colonias francesas; se vendía hasta al precio de 6 francos el medio kilógramo, y únicamente las personas ricas podían comprarla. Un sabio llamado Chaptal hizo azúcar de remolacha, la que despreciaron en un principio, y hoy rivaliza con el azúcar de caña.

El consumo de esta preciosa sustancia aumenta cada año en grandes proporciones.



LAS MAREAS.

Si no lo habeis visto habréis oído al ménos hablar del mar, de esa inmensa masa de agua salada que cubre más de las tres cuartas partes del globo, y que los hombres se han atrevido á cruzar en todos sentidos, á pesar de las tempestades, sobre débiles barcos, que un ligero choque contra una roca puede destruir. Sin duda alguna desearéis conocer el Océano, y gozaros en contemplar el espectáculo animado de un puerto de mar. Si á éste no os puedo conducir en realidad, puedo, sin embargo, trasportaros allí con la imaginación. Mis palabras serán muy débiles comparadas con las emociones que experimentaríais, si os encontraseis de pronto en presencia del Océano; pero, en fin, seguidme.

Hemos llegado á una de nuestras poblaciones marítimas, por la mañana. El sol esplende leroso nos promete un magnífico día. Dirijámonos al puerto, porque vuestra impaciencia no os concede tiempo para descansar. ¡Cuánta es vuestra sorpresa! ¡Cuánta vuestra contradicción! En lugar del admirable panorama que os habíais imagina-

do, se presenta á vuestra vista un cuadro diforme. ¿Dónde está, pues, el mar?

Los baños están en seco; un lodo cenagoso y negro exhala un olor fétido. Los buques, esas construcciones tan pintorescas con sus arboladuras y sus velas, están recostados en el fango y confundidos unos con otros. Todo es muerte donde pensabais encontrar vida y actividad. Os admirais, y me mirais con extrañeza.....; venid, niños míos, huyamos de este sitio insalubre; durante algunas horas no debemos volver aquí.

Después de nuestro desayuno os conduzco de nuevo á la ciudad: ya nos encontramos en el muelle del puerto..... Todo ha cambiado; parece que un mágico ha tocado con su varita este sitio tan triste hace un momento. Ahora sí que hay movimiento y vida; donde no habíamos visto más que una cloaca, nos encontramos con un agua en calma y limpia. Aquellos buques, tan tristemente caídos en el fango, se levantan ahora majestuosamente, y los marineros se aprestan á la carga. Algunos salen del puerto para una expedición de mil miriámetros; otros llegan y aprovechan las grandes aguas para llevar mercancías á países lejanos.

Se los saluda desde la costa; se desea á los unos viento favorable; se pide á otros noticias de diversos mares. Mil barcas cruzan en todos sentidos. El comercio y la industria son los móviles que producen esta actividad en todo un pueblo. Pero, ¿quién ha producido un cambio tan súbito, tan prodigioso? ¿Quién ha llevado tan de improviso un agua tan hermosa y tan profunda? ¿No lo adivinais, niños míos? Pues son la luna y el sol.

Recordad lo que ya habréis leído: la tierra, así como los demás planetas principales, gira al redor del sol; la luna gira al redor de la tierra, porque el sol atrae á los planetas, porque la tierra atrae á la luna. Sabed que un cuerpo cae, porque es atraído por la tierra. Esta atracción es recíproca: si la tierra atrae á la luna, ésta la atrae á su vez. ¿Quereis tener un ejemplo de esta atracción mútua de los cuerpos? Echad agua en un vaso, esperad á que se quede tranquila, dejad caer algunas pajas sobre su superficie, y caen separadas, pero por poco tiempo. Despues las veréis que se aproximan, y cuando están á poca distancia entre sí se precipitan las unas sobre las otras. Esto consiste en que se atraen mutuamente.

Así es como el sol y la luna atraen á la tierra, y éstos, á su vez, son atraídos por ella. Este efecto se nota de un modo más sensible en las aguas del mar. Cuando estos astros pasan por encima de su superficie, las aguas deben elevarse, y una vez verificado este paso deben descender. Este fenómeno toma el nombre de *marea ascendente* y *marea descendente*, ó sea *flujo* y *reflujo*.

El sol; por la atracción que ejerce sobre el mar, hace elevar y descender sus aguas dos veces al día; esto es lo que se llama *flujo* y *reflujo* solares. La luna hace también elevar y descender dichas aguas el mismo número de veces en igual tiempo, de modo que hay también *flujo* y *reflujo* lunares. Estas dos mareas se combinan sin alterarse ni perjudicarse; es decir, que si los dos astros atraen al mismo tiempo, la marea es fuerte, y es lo que sucede en las lunas llenas y en las lunas nuevas. Si, al contrario, no coinciden, es decir, si la elevación de la marea lunar no se verifica al mismo tiempo que el descenso de la marea solar, la marea es débil; esto sucede cuando la luna está en el primero ó último cuarto.

No sólo ocurre que todas las ma-

reas que se suceden en un mismo mes son iguales en altura, sino que en ciertos meses son mucho más fuertes, y en otros más débiles. El mes de Febrero es uno de los meses en que las mareas son altas, y en Marzo y Abril todavía más, según podremos observar en otra ocasion.

LA MEDIA NOCHE.

CUENTOS DE ÁNGELES

POR

FEDERICO GUILLERMO FABER.

El viento de la media noche silbaba precipitándose por los grandes bosques del Brasil, y las altas palmeras temblaban y ondeaban sus verdes abanicos para recoger la frescura del mar que conducia la brisa; y sus ligeras cúpulas se balanceaban de un lado á otro como un buque que está anclado.

—¡Lilalpa! la muerte debe de ser muy hermosa, dijo Oniato; pues la muerte es la noche de Dios.

—¡Ah, Oniato! respondió Lilalpa; la luz es más hermosa que la oscuridad.

—¡Queridísima hermana! no debes decir eso, la oscuridad es más bella que la luz; pues en ella vemos mejor á Dios.

—¿Por qué tus pensamientos, querido hermano, se han fijado tanto en Dios, en esa hermosa palabra, que causa una extraña emocion en mi pecho? ¿Dónde está Dios? ¿Quién es Dios?

—No lo sé, Lilalpa; pero cuando piensas que su nombre causa esa extraña emocion en nuestros corazones, debe ser alguna cosa real. Debe haber un Dios, aunque quizá su nombre no sea éste.

—¡Ah! Oniato, ya veo por qué amas tanto la oscuridad; es porque te hace pensar más en Dios. ¡Bendita oscuridad!

—Sí, hermana mia, cuando he oido á los misioneros hablar con nuestro padre, he pensado muchas veces, que la luz es realmente oscuridad, y que la oscuridad es realmente luz.

Verdaderamente, la noche era hermosa; una noche que podria hacer hablar á los niños el lenguaje de los ángeles. Todos hemos nacido poetas, pero muy pocos lo sabemos.

Los niños continuaron su camino; se internaron en el bosque y se perdieron en él. Las ramas de

los árboles se juntaron sobre sus cabezas como la bóveda de una catedral.

los niños no comprendían, pero sin embargo, lo sentían, diciéndose á sí mismos: «¡Dios! ¡Dios! goza-



Num. 1.

1

2

3

4

5

Habia en aquel bosque vistas
preciosas y sonidos variados que

mos del día, sentimos la noche.
Durante el día, Dios nos ve á nos-

otros; durante la noche, nosotros le vemos á Él. En la tierra, ver á Dios quiere decir sentirle. El sentir una cosa es, generalmente, el mejor modo de verla.

¿Por qué habian abandonado los niños su casa? Jamas volverán á ella, porque dentro de una hora morirán en las aguas del bosque; y resucitarán por la muerte.

¡Benditas aguas del bosque!
¡Benditas todas las que participan del madero, del madero santo de la Cruz!

—¡Oh, Lilalpa! ¿no es esto verdaderamente solemne? ¡Escucha cómo silba el viento! tiene una voz parecida á la que tenía nuestra blanca y difunta madre, á la que veo en sueños tantas noches. Pero escucha al viento; ¡gime como si fuese desgraciado! Quizás el viento es un Dios.

—Si el viento fuese un Dios, Oniato, no podria ser desgraciado.

¡Cuántas veces pregunto quién es Dios! Nosotros no tenemos Dios.

No somos como esos cristianos de cara blanca, que vienen á nuestras tierras; y que, segun dicen, fueron miles de años há, reyes de estos países. Ellos tienen un Dios á quien aman. ¡Cuán grandes son las ruinas de sus templos! Dicen

que nuestra madre tambien era blanca, y tenía tambien un Dios á quien amaba. ¡Lilalpa! yo debo tener un Dios para poder amar.

Lilalpa prorumpió en un copioso llanto.

—¡Amadísima Lilalpa! prosiguió Oniato, bien sabes que te amo: bien sabes lo que quiero decir.

—Sí, hermano; sé muy bien lo que quieres decir, pues yo siento lo mismo en mi corazon, y, sin embargo te amo; ¡oh! ¡cuánto, cuánto atormenta á veces este amor á mi corazon!

Entonces Oniato se arrojó en brazos de su hermana y exclamó: Encontraremos á Dios esta noche. Y una estrella resplandeció en los llorosos ojos de Lilalpa.

—¡Ah, Oniato! Yo quisiera que nuestro padre no quemase á esos sacerdotes blancos en el fuego de los templos de la Serpiente. Aun ahora me parece escuchar los lamentos y gemidos que exhalan cuando mueren.

—Y sin embargo, sus gemidos no son causados por la pena ni la desesperacion. ¡Lilalpa! Yo no puedo respirar en la casa de nuestro padre, y por eso te he conducido aquí. Busquemos á Dios. Vivamos en este bosque, y muramos

en él como las flores. Busquemos á aquel hombre de Dios de cara blanca, á quien nuestro padre mandó traer ayer á este bosque para que perezca de hambre, ó sea devorado por las fieras. Yo traigo escondida en mi vestido una botella de vino para dársela, si le encontramos. *

— Pedirémos á esas hermosas estrellas que nos conduzcan á donde está.

— No, Lilalpa, su Dios sabrá mejor que las estrellas en donde se halla.

— ¡Oniato, mira! ¡La tierra está cubierta de fuego!

— ¡No, Lilalpa! eso que te parece fuego, son moscas de ese color que cubren el suelo. Sigámoslas. Quizás el Dios de ese hombre blanco las ha enviado para que nos guíen y conduzcan adonde está.

Y un enjambre de moscas jugaba al rededor de la cabeza de los niños, semejando con su color de fuego la luz con que en los cuadros se rodea la cabeza de los santos. Algunas les precedían como queriendo marcarles el camino. Las bestias salvajes, corriendo de una parte á otra, atronaban el bosque con sus rugidos; sus centelleantes ojos se clavaban en los

niños cuando pasaban, pero no se atrevían á tocarlos ni hacerles daño alguno. Y es que á los niños acompañaban tres ángeles, á quienes no veían. Dos de éstos eran los Angeles de la Guarda, y el tercero el Angel del Sacramento del Bautismo.

¡Que silencio tan profundo! ¡silencio en el cielo! ¡silencio en la tierra! ¡todo estaba en silencio!

— Oniato, dijo Lilalpa; el silencio es más semejante á un Dios que el viento.

Era cerca de la media noche. En el centro del bosque se abrió una inmensa flor, cuyo dulce y suave perfume llenaba todo el bosque.

— ¡Oh, Lilalpa! exclamó Oniato, esta es la flor de la media noche. ¡Cuánto daría yo por ser una flor de media noche! ¡En este bosque nadie me vería florecer, nadie se recrearía con mi fragancia, nadie sino Dios! Yo creo que Dios crió el resto de las flores para nosotros, pero ésta la reservó para sí. Él conserva la suavidad de esta flor para recrearse con ella en la desierta oscuridad. Este olor llega muchas noches desde el bosque á la ventana de mi cuarto, y siempre me hace pensar en Dios.

¡Queridos niños! ellos eran verdaderas flores de la media noche,

y la hora en que habian de florecer estaba muy próxima.

Habian llegado los niños á una cascada situada bajo unos sombríos cedros.

olor tan suave en el martirio del fuego.

—¡Mira, mira Oniato! mira. el círculo que forman las moscas de fuego debajo del árbol. Allí esta



Núm. 2.

1

2

—¡Oniato! esta cascada habla á mi corazón como si fuese la voz de un Dios.

—Quizás, Lilalpa, no hay más Dios que el Cristo que hace que los sacerdotes blancos exhale un

el sacerdote cristiano sentado sobre una roca á la orilla del río. Tiene apoyadas sus espaldas sobre el árbol.

En aquel momento tronaba bajo sus piés. El bosque parecia mover-



Ad Goubaud et Fils Ed^{rs}

92 r. Richelieu Paris

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA

MADRID. *Administración de los Niños.*



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

se, y la tierra temblaba como un buque cuando el viento le azota. Los niños se encaminaron hacia el árbol en donde estaba el sacerdote. Este parecía dormido, mas no era

en medio de la oscuridad de la noche.

—¡Oniato! dijo en voz baja Lialpa: esa luz es la luz de su Dios que resplandece en su rostro.



Núm. 3.

1

2

así. Estaba desmayado por el hambre. Su rostro era hermosísimo. Cuando las moscas de fuego hubieron desaparecido, se notó en él un color parecido al de la luz de la luna, que le hacia resplandecer

Por segunda vez tronó bajo sus piés, y ellos levantaron sus ojos al firmamento. Metéoros verdes, purpúreos, y encarnados se lanzaban hacia el cielo. ¡Cosa singular! los niños no se amedrentaban; nada

temian, porque buscaban á Dios. Llegaron adonde estaba el sacerdote, y pusieron un poco de vino en su boca. El sacerdote volvió en sí; abrió sus ojos y les miró atentamente.

—¿Quiénes sois, hijos míos? les preguntó.

—Somos, respondieron ellos, los hijos del rey. Necesitamos y queremos conocer á vuestro Dios.

El sacerdote se sonrió y les besó cariñosamente, diciendo: «En verdad que seréis hijos de rey.»

Entonces tronó otra vez bajo sus pies y sobre sus cabezas, y crujieron los árboles.

Y el sacerdote les habló de Belén.

Oyeron un ruido penetrante. Una grande y oscura montaña se presentó en frente de ellos, al otro lado del río; un claro relámpago la dividió en dos partes y todo volvió á quedar en silencio.

Y el sacerdote les habló acerca de Nazareth.

A corta distancia se escuchó un fuerte rugido: un torbellino arrancó todos los árboles, y los lanzó por el aire á una grande altura. La oscura montaña se hundió en la tierra con espantoso ruido. Mas á ellos nada les tocó ni hizo daño. Despues se escuchó entre el silen-

cio de la noche el murmullo de las aguas del río.

Sólo faltaban algunos minutos para la media noche.

El sacerdote habló á los niños acerca del Calvario, y éstos oprimieron sus cabezas con sus manos y prorrumpieron en un copioso llanto.

Miles de bestias feroces cruzaron á su lado, perseguidas por un terrible fuego amarillo que habia brotado como un río que sale del centro de la tierra. Mas el fuego no causó daño alguno al sacerdote ni á los niños.

Y el sacerdote les habló del Monte de las Olivas, de la Ascension y de la venida del juicio final.

Entonces Lilalpa apretó fuertemente las manos de Oniato, y levantando ambos sus ojos al cielo exclamaron: ¡Jesus! ¡Jesus!

El sacerdote se sonrió y lloró.

Y un venerable anciano, cuya cabeza estaba poblada de canas, apareció repentinamente en la otra parte del río y dijo: ¡Ya es hora!

Y el sacerdote respondió: Bienaventurado San José, os obedezco.

Y diciendo esto, condujo á los niños al pié de una roca, y les dijo: «Vosotros me habeis dado vino; yo os daré agua; pero agua en

la que está oculta la sangre de Jesus.

Les explicó el bautismo, y ellos pidieron que les bautizase.

Y los cielos se abrieron, mostrando una blanca y brillante luz. Y se dejó ver, hermosa como una aurora, una porción inmensa de gloria, que venía de la parte de Oriente.

Y el sacerdote exclamó: éste es el Señor. Y sin detenerse bautizó á los niños.

Y cuando estuvieron bautizados exclamaron: ¡Vén, suavísimo Jesus!

Y un temblor derribó la roca en donde estaban sentados, y la arrojó en un profundo y espumoso arroyo.

El sacerdote rodeó á los niños con sus brazos, y vieron á San José que les sonreía y les señalaba el lugar en donde una celestial señora, rodeada de una luz que resplandecía como el oro, les estaba esperando.

Primeramente pensaron los niños que aquella Señora sería su madre. Pero era más hermosa que ésta lo había sido, y extrañaban que su rostro estuviese más lleno de amor que el de su madre lo había estado.

Todos los que ven por primera

vez á esta celestial Señora creen ver á su madre; porque su hermosura y amor son verdaderamente maternos.

Los niños se besaron, y dijeron: Los ángeles hablan á nuestros corazones; y les dicen que ésta es María de Belén, y llenos de gozo exclamaron: «¡Amadísima María!» y los tres se hundieron en las frías aguas.

El trueno retumbó con más violencia que nunca; y el murmullo del agua hirió con más fuerza sus oídos. Y esto fué penoso por un momento; pero pronto llegaron á sus oídos armoniosos sonos de arpas y otros instrumentos. Abrieron sus ojos y vieron que el agua se había vuelto luz, y que esta luz era el cielo. Y estos dos fueron los últimos hijos. Y así concluyó el mundo. ¡Oh, aquella fué verdaderamente una hermosa noche para Oniato y Lilalpa!

Ahora es día para ellos, día eterno.

¡Dichosos niños, que llamando á Jesus, fueron redimidos con su preciosa sangre!

F. G. F.

FLOR DEL ALMA.

La inocencia, según la Biblia, es un vaso de oro que guarda un rayo del cielo, un destello purísimo de la Divina Omnipotencia.

Los poetas la visten con todos los colores de su caprichosa fantasía, y la colocan sobre un trono de nubes, al lado de los ángeles, y flotando en los puros sueños de una niña.

Un filósofo ha dicho que *la inocencia es la cuna*.

Los primeros años son efectivamente el símbolo más hermoso de la inocencia.

¿Por qué son tan bellas las flores? Porque viven inocentes.

Las aves vuelan por el espacio y cantan al nacer el día, y son el arpa de los bosques.

Viven como viven las flores y á veces nacen y mueren, como ellas, en el mismo día.

Las aves y las flores viven poco tiempo, porque la inocencia no puede vivir en el mundo.

Un niño cuando muere es un ángel que busca su patria.



HISTORIA DE LA PATATA.

Los descubrimientos más útiles, y los más provechosos para los pueblos, no son las minas de oro ni las minas de diamantes. Un telar que fabrique del modo más económico las telas que usa el pobre para vestirse, un alimento sano, nutritivo, de fácil cultivo, son bienes más positivos, y sus inventores merecen mucho más el agradecimiento del género humano. ¡Honor á los holandeses, que han hallado el arte de salar el arenque! ¡Honor al inglés, inventor del telar para la fabricacion de las medias! ¡Honor á Parmentier, que supó vencer la repugnancia general que tanto tiempo hubo en Francia contra las patatas!

Es preciso decirlo y repetirlo sin cesar, tanto á los niños como á las personas mayores: esas prevenciones que se arraigan tan fuertemente en el pueblo contra un invento útil, contra un abono ó pasto nuevo, contra una herramienta perfeccionada, contra un vegetal alimenticio desconocido, acaso porque esas innovaciones son presentadas por hombres que no pertenecen al oficio ó que nun-

ca han manejado el arado, no tienen razon fundada. ¡Cuánta resistencia no ha sido preciso vencer para introducir el uso de la patata, sin la cual no podemos ya pasar hoy día!

Esta utilísima planta procede de América. Fué mucho tiempo desconocida para los europeos, que sólo buscaban oro en el Nuevo Mundo. En 1586 fué cuando un inglés, llamado Walter Raleigh, envió desde la Virginia algunos tubérculos á la reina de Inglaterra, la célebre Isabel. Entónces empezaron á cultivarla, pero más como un objeto de curiosidad.

Hace cien años apenas se conocia la patata en Francia; se la creía un veneno que, si no producía la muerte, por lo ménos debía originar la lepra. Fueron precisas grandes calamidades, fué precisa el hambre que afligió á Francia á fines del reinado de Luis XV para que se pensase en un alimento que habia sido objeto del desprecio general. Los agrónomos trataron de vencer esta repugnancia, generalizando en cambio la creencia de que la patata contenia un principio nocivo que hacia estéril la tierra.

Por último, Parmentier, célebre agrónomo nacido en Montdidier

en 1737, Parmentier, que consagró toda su vida á infatigables trabajos sobre los medios de mejorar la alimentacion del pueblo, emprendió la propagacion de la patata en Francia. Era preciso perseverancia y ánimo, y nada detuvo su ardor. El Gobierno puso á su disposicion un vasto terreno de 25 hectáreas en la llanura de Sablons. Esta llanura estaba inculta, arenosa; pero la habia elegido así para probar que la patata se cria perfectamente en una tierra pobre.

El campo se cubrió inmediatamente de una verdura magnífica, y las flores brotaron. Parmentier trató de hacer un ramo y de ir á ofrecérselo á Luis XVI, quien, delante de toda su corte, le colocó en el ojal de su traje. Al instante todos los señores pidieron una flor. Se hicieron felices ensayos, se confeccionó para los inválidos, en presencia de Franklin, un pan sabroso, donde no entraba más que patata; los pasteleros de París aprendieron de Parmentier el secreto para hacer con la fécula de la patata un bollo delicado, el *biscocho de Saboya*; y por último, el feliz agrónomo sirvió una espléndida comida, en la que todos los manjares contenian patata bajo distintas formas; los licores mis-

mos estaban fabricados con el jugo de la patata. Este precioso alimento se puso bien pronto de moda en París; pero las gentes del campo, los cultivadores, no participaban de aquel entusiasmo. El ingenio de Parmentier logró despertarlo. Hizo vigilar rigurosamente y con aparato su campo durante el dia, para excitar de ese modo al robo durante la noche. No se engañó, pues al fin fué asolado, y al año siguiente la patata conocida, cultivada y apreciada en algunas campiñas.

Hoy dia este cultivo se ha generalizado; sin embargo, no se vencieron todas las preocupaciones sino despues de los años de hambre de 1816 y 1817. Las gentes del campo se obstinaban en considerar este alimento bueno únicamente para sus ganados; ahora todos lo toman.

La patata se cria en todas partes, pero requiere un terreno seco, ligero y poco estercolado. En los primeros dias de la primavera se hacen hoyos en la tierra labrada y se depositan en ellos patatas pequeñas, ó bien cortadas en pedacitos si son muy grandes, dejando entre ellos un espacio de dos decímetros próximamente. El arado, al abrir el surco siguiente, cubre

al primero. Las hileras de patatas están separadas por un espacio de seis á siete decímetros; despues se pasa el rastrillo, y, una vez nacidas las matas, se vina, se escarda y se aporca. A fines del verano, cuando las matas empiezan á marchitarse, se quitan los tubérculos con el azadon, pudiendo quemarse los tallos para guardar sus cenizas, que contienen potasa. Las patatas se guardan en la cueva, con objeto de preservarlas del frio, que las helaria, y del calor, que las haria germinar.

Se saca de la patata una especie de harina, una sustancia que se encuentra en las diferentes partes de los vegetales, y que se llama fécula. Es muy fácil extraer esta fécula; se muelen las patatas y se las lava en seguida con agua fria. Un polvo blanco y fino queda en esta agua, el cual se separa de la raspadura. Se la deja posar y la fécula se deposita en el fondo.

Se emplea mucho la fécula de la patata en los pasteles y pastas para sopa. Mezclada con harina de trigo produce un buen pan. La fécula cocida durante algun tiempo con agua, siempre que en ésta se hayan vertido algunas gotas de ácido sulfúrico, se transforma en goma y despues en azúcar. El azú-

car puede fermentar y dar *alcohol*, y por un nuevo cambio el alcohol, expuesto al aire, se puede reducir á *vinagre*.

En cuanto á la raspadura, no se pierde, porque el industrial no debe perder nada de lo que le puede ser útil: sirve para engordar los cerdos; pero es preciso mezclarla con sustancias animales, tales como las aguas grasientas de fregar, etc. Los fabricantes de fécula compran algunas veces los caballos inútiles para el servicio, á los que es preciso matar; cuecen la carne y la mezclan con las raspaduras de la patata. Este alimento engorda á un cerdo rápidamente y triplica su valor en pocas semanas.

MODAS.

Explicacion del grabado núm. 1.

1. Niño de nueve años. Pantalón de cachemir azul corto, sujeto con botines de tafilete bronceado, camiseta de cachemir con mangas muy anchas y puños, casaquilla sin mangas, de cachemir, color marron, sujeta al talle, con una faja azul de seda anudada al lado izquierdo, sombrero negro con forro y mota azul de marron.

2. Niña de seis años. Vestido de seda color grosella, falda montada á pliegues gruesos, chaquetilla con aldeta doble y plegada por detras, manga con vuelta, sombrero de faya blanco, adornado con una pluma grosella y otra blanca, y cinta blanca.

3. Niña de ocho años. Vestido de cedalina turquesa, adornada la falda con tres bieses de faya de tono más oscuro, chaquetilla de la misma tela adornada por delante con tres barras de faya, sujetas con botones en los extremos, sombrero de tul y granadina blanca, adornado de cintas y pluma azul turquesa.

4. Niña de cuatro años. Vestido de piqué blanco, falda lisa, túnica adornada de una tira bordada y tres trencillas finas, escote abierto, manga entreancha con vuelta, camiseta de batista, de hilo, con golita de encaje, sombrero de paja blanca con rizados de tul y pluma blanca.

5. Niña de diez años. Vestido de alpaca inglesa, color de rosa, la falda adornada de un volante puesto á pliegues; túnica de foular de tono más bajo, adornada de uno á otro costado por delante, con un volante al aire, sujeto con un biés ó cinta de terciopelo de tono más

fuerte que el vestido y una hebilla en ambos extremos; otras dos cintas iguales colocadas de seis en seis centímetros de distancia, frunciendo un tanto la tela, forma delantal; por detras va lisa la túnica fruncida y levantada; casaquilla de alpaca adornada de terciopelo, volantitos de foulares, hebilla, camiseta interior de batista con gola de encaje, sombrero de paja blanco, ala levantada, en el lado izquierdo con una rosa, plumas blancas y rosa y cinta de terciopelo como la del vestido, lo adornan por la parte de detras, botitas de raso rosa pálido.

Explicacion del grabado núm. 2.

1. Niña de ocho años. Vestido de alpaca blanca, inglesa, falda adornada con un ancho volante, al aire, con cabecilla, cuerpo alto por detras y muy escotado por delante, manga algo ancha, túnica de cedalina blanca y listitas color cereza, sombrero de paja blanca adornado de cintas y pluma color grosella.

2. Traje de paseo. Vestido de faya azul claro, falda de media cola, adornada en el bajo con un volante de tono más oscuro, y en la parte inferior un biés más oscuro aún, de raso ó saten de seda; en la parte superior una ancha tira de

lo mismo, y sobre ésta un ancho rizado doble de faya azul; por delante un volante de faya sobre otro del tono más oscuro, forma delantal, subiendo por los costados y uniéndose al cuerpo, que es redondo: forma por detras aldeta, de ésta bajan anchas caídas de raso del tono más oscuro, escote algo abierto, gola alta y hueca, sin pliegue al sesgo, adornada de un volantito de faya, manga entreancha, adornada con vueltas formadas por raso y faya; sombrero de paja de arroz, sin copa, en su lugar rizados de granadina azul y tul, adorno de plumas azul pálido y cintas de raso azul de dos tonos, sombrilla azul claro cubierta de encaje negro, bordado de azabache.

Explicacion del grabado núm. 3.

1. Niño de ocho á nueve años. Chaquetita larga, abierta por delante, de saten doble, color de hoja seca, pantalon corto, medias á listas grises, de dos tonos, botitas de cabritilla negra.

2. Traje para señora jóven, de sedalina gris y perla, falda con media cola, adornada con un ancho volante de la misma tela, montado á pliegues y formando cabecilla; este volante es mucho más ancho por detras que por delante,

túnica de faya verde pálido, cuerpo de sedalina, alto por detras y escote bajo y cuadrado por delante, con aleta, que figura chaleco, mangas anchas, chaleco de faya verde, muy abierto por delante, sujeto por una sola presilla doble con botones, donde cierra el escote, sombrero de paja blanca, con plumas verde pálido y cintas de faya grises, sombrilla gris bordada de seda verde.

ANÉCDOTAS.

Un médico romancista salió de Cádiz para América con un batallón de reclutas. Cayó uno de ellos enfermo con calenturas, y le recetó unos paños mojados con agua de mar; tuvo al siguiente día cólico un sargento, y le fué administrado interiormente medio cuartillo de agua del mar, aplicando una y otra vez el mismo remedio á cuantos perdían la salud. Habiéndose levantado una furiosa tormenta, una ola arrebató de la cubierta de la embarcacion al pobre médico, y dió en el mar con él, cuyo suceso ocasionó en el buque un gran tumulto como es consiguiente.

— ¿Qué ocurre? preguntó el capitán asomándose á la escotilla.

— Naa, zeñó, contestó uno de los reclutas : naa más sino que er físico sa caio en er botiquin.

Unos cómicos de la legua se quejaron á un alcalde de que siempre que en alguna comedia figuraban comer ó beber, el empresario les daba comidas de guardarropía, y bebidas imaginarias.

El alcalde, atendiendo á su queja, ordenó que comieran y bebiesen lo que la comedia indicase ; pero que tambien debian envenenarse ó matar á sus compañeros cuando la obra dramática lo requiriera.

Se fué un dia á confesar un chiquito, y el fraile le dijo :

— ¿ Cuántas son las personas de la Santísima Trinidad ?

— Veinte, contestó el muchacho, y á todas les lava la ropa mi madre.

— Esos serán los frailes de la Santísima Trinidad.

— ¿ Pues qué, padre, los frailes no son personas ?

Carta de un aprendiz de carnicero á su padre :

« Estoy contentísimo con mi nuevo oficio : el amo me hizo golpear la carne desde el primer dia ; desde el lunes último me está haciendo sangrar, y me ha prometido, si me porto bien, hacerme degollar para Pascuas. »

— En un campo de batalla vió un general el cadáver de uno de sus ayudantes, á quien una bala habia atravesado lateralmente la cabeza.

— ¡ Lástima de jóven, exclamó ; hubiera hecho una gran carrera !

— ¿ Cómo así ? le interrogaron.

— ¿ Pues no veis el caso que hacia de las balas ? Reparad : por un oido le entraban y por otro le salian.

Ponderando una señora la confianza que deben inspirar por su gran práctica los médicos viejos, decia :

Abrigo de tal modo la opinion de que la experiencia es madre de la ciencia, que nunca llamaria yo en mis enfermedades á un médico que hubiera muerto jóven.

Un rico y bonachon propietario bajó una mañana al corral de su casa, donde varios cerdos gruñían de una manera desesperada, disputándose los restos de la comida, entre los cuales relucía una cuha-

ra de plata, que estaba allí por un descuido de la cocinera.

— ¡No han de gruñir,—exclamó sonriendo,— si sólo tienen una cuchara para todos!



Cuentos de Schmid.

LXXVII.

LA CAJITA MARAVILLOSA.

Una ama de casa experimentaba diariamente pérdidas en ella y disminuía su patrimonio de año en año. Tomó entonces el partido de ir á consultar con un ermitaño que vivía en el bosque. Contóle el mal estado de sus negocios.

— Mi casa va cada día de mal en peor, y esto no es natural. Preciso es que alguien los haya maleficiado. Padre, ¿no podríais darme un remedio para conjurar el mal?

El solitario era un viejo de muy buen humor, la rogó que le aguardase algunos instantes y volvió á poco despues con una cajita muy cerrada diciéndola:

— Es preciso que durante un año lleveis esta cajita á la cocina, á la bodega, á las cuadras, en fin, á todos los rincones y escondrijos de vuestra casa, tres veces durante la noche, y os prometo de seguro que irán mejor vuestros negocios. Al cabo del año no deis de verme la cajita.

La buena mujer que tenía una gran confianza en la eficacia de la misteriosa cajita, no dejó de seguir

al pié de la letra los consejos del solitario. Paseó regularmente aquel pequeño mueble en todas las partes de su casa. A la mañana siguiente, cuando bajó á la bodega, sorprendió en ella al mozo de cuadra que la estaba robando una botella de vino. Cuando á una hora muy avanzada de la noche fué á visitar la cocina, encontró en ella á todas las criadas sentadas alrededor del fogon comiendo una fritada. Al reconocer las cuadras vió las vacas casi enterradas en la basura, y los caballos, en lugar de cebada sólo tenían paja y no los habían limpiado tampoco. Así es como diariamente tuvo que reprimir nuevos abusos en su casa.

Al terminarse el año volvió con su cajita á ver al solitario, y le dijo:

— Actualmente todo va mejor en mi casa, pero os ruego me deis todavía un año más esta cajita, que de seguro encierra un remedio verdaderamente extraordinario y maravilloso.

El ermitaño se echó á reir y la dijo:

— Lo que es la cajita no os la puedo dar, pero os regalaré el remedio que encierra y cuya eficacia infalible conocéis por experiencia. Esto consiste en que sigáis inspeccionando por vos misma vuestra casa.

LXXVIII.

EL PRÍNCIPE PIADOSO.

Durante la guerra vióse un príncipe obligado á huir para salvarse de su enemigo, sin más compañía que la de un solo criado ya muy viejo. A fin de escapar al peligro de ser reconocidos, iban los dos vestidos muy sencillamente.

Llegaron una noche muy tarde á una casa de campo aislada en las montañas, donde pasaron la noche.

El príncipe no pudo dormir porque se veía al alcance del enemigo y á punto de faltarle el dinero, del que no había tenido tiempo de recoger la suficiente cantidad. Levantóse, pues, púsose de rodillas delante de un Cristo que se hallaba en aquella solitaria estancia, y oró largo tiempo en silencio. En la angustia de su corazón se le escaparon, sin embargo, estas palabras, pronunciadas en alta voz y con un profundísimo suspiro:

— ¡Oh, Señor y Dios mio! ¡Tened misericordia de un desgraciado príncipe!

Fueron oídas estas palabras del labrador dueño de la casa, que á la mañana siguiente, cogiendo al criado aparte, le dijo:

— Sé que vuestro amo es un príncipe, y os ruego que me digais el motivo de sus pesares.

El criado le confesó la verdad, rogándole con mucha instancia que guardase secreto y no le comprometiese.

En el momento que el príncipe se disponía á salir de su quinta, el labrador entró respetuosamente en su cuarto.

— Príncipe mio, le dijo con emoción, vuestra oración de anoche me ha dado á conocer lo apurado que andais de dinero. Hacedme el favor de no rehusarme estas veinte monedas de oro hasta el momento en que lleguéis á mejor fortuna. Además me comprometo á servirlos de guía para llevaros pronto á lugar seguro.

Tan conmovido como sorprendido quedó el príncipe, que dió las gracias al generoso labrador, y sobre todo á Dios, que sin obrar un aparente milagro, sabe, sin embargo, oír misericordiosamente á los que con fervor le invocan en sus necesidades.

Llegó con felicidad á los Estados de un soberano aliado suyo, y con el tiempo pudo recompensar con recta magnificencia al honrado labrador.

LXXIX.

EL PASTOR PIADOSO.

En una hermosa tarde del mes de Mayo, cuando todo se engalana de verdor y flores, estaba el joven Wendelin apacentando su rebaño. Estaba de pié cerca de un grupo de matas de madreselva, y sus facciones expresaban el dolor, corriendo por sus mejillas lágrimas parecidas á un hilo de bellísimas perlas.

Al volver al bosque, Luisillo, hijo del guarda, reparó en el pesar del joven pastor.

—¿Qué tienes, amigo mio? ¿Por qué lloras? le preguntó con interes.

—¡Ah! respondió Wendelin, acabo de ver un sapo que se ha escondido en esas matas. Era horroroso.

—¿Y por eso lloras? exclamó Luisillo con asombro. ¿Qué niño eres! Ya eres grande para eso.

—No, escúchame, replicó Wendelin.

Cuando he visto ese sapo he considerado la forma tan fea, tan repugnante, de ese sér detestado y perseguido de todo el mundo, que se arrastra penosamente por el suelo sin tener la menor idea de

Dios, su criador, y que vegeta revolcándose en las tinieblas y en el lodo hasta el momento en que termina su miserable existencia; he hecho estas reflexiones.

Y tú, me he dicho á mí mismo, tú que tienes la estatura derecha y elevada del hombre, y los hermosos rasgos del rostro humano, tú puedes caminar y dirigir libremente tus pasos á todas partes, considerar el cielo y la tierra, gozarte en el risueño aspecto de la hierba y de las flores: tú conoces á tu Criador y tienes el sentimiento de la inmortalidad de tu alma... Y, sin embargo, en el seno de todas esas inmensas ventajas con que el Eterno ha favorecido á la raza humana, y que la colocan en la escala de los seres á tan enorme distancia del asqueroso sapo, ¿hemos pensado jamas seriamente en dar gracias á Dios en lo profundo de nuestro corazon? Esta reflexion de la ingratitud de la criatura humana con su Criador me ha impresionado y conmovido de tal modo, que no he podido contener mis lágrimas.

Luisillo, asombrado de aquellas juiciosas y religiosas palabras del pastorcillo, no las olvidó jamas. Anciano las repetia todavia á sus nietos, añadiendo despues:

— Aun cuando se nos demostrase que no son de utilidad alguna los insectos, tendrían siempre una de que podríamos aprovecharnos: nos enseñan á apreciar las prerogativas con que Dios se ha dignado ensalzar en el mundo al hombre, la más noble, la más perfecta de las criaturas.

LXXX.

EL HOLGAZAN.

El jóven Eduardo era hijo de padres muy ricos. Lo sabía, y fiado en su fortuna, jamas quiso aprender nada. Santiaguillo, hijo de un vecino suyo, pobre, era, por el contrario, muy laborioso y aplicado, y aprendió en muy poco tiempo á hacer cestas.

Un día en que Eduardo se divertía en la orilla del mar pescando con caña, y Santiaguillo acababa de cortar una carga de ramas de saúco, y cuando se disponían á volverse á casa de sus padres, de repente se vieron acometidos por unos piratas escondidos entre las rocas, y arrastrados á su buque para ser conducidos como esclavos.

Asaltado el buque por la tempestad fué arrojado á países leja-

nos, y concluyó por estrellarse contra unas rocas al pié de una isla salvaje. Sólo los dos niños se salvaron del naufragio y consiguieron salir á tierra habitada por unos bárbaros y crueles negros.

Santiaguillo calculó que su oficio le haría encontrar favor entre los isleños, y sacando su cuchillo cortó algunos miembros y ramas de saúcos y se puso á tejer una lindísima cesta. Una multitud de negros, hombres, mujeres y niños, acudieron á su alrededor y le estuvieron mirando trabajar con muchísima curiosidad.

Terminada la cesta, Santiaguillo se la ofreció al que parecía ser el jefe de aquellos bárbaros. Chicos y grandes manifestaron á porfía sus deseos de tener cestas iguales. Dieron á Santiaguillo una choza con árboles frutales que le daban sombra para que pudiese trabajar más á gusto, y le proporcionaron de abundantes víveres.

Exigieron de Eduardo que les hiciese también una cesta; empero cuando supieron que éste no sabía hacer absolutamente nada, le dieron de golpes, y aún le hubiesen muerto á no interceder por él Santiaguillo. Le perdonaron, pero con todo, le hicieron cambiar su rico y elegante traje de terciopelo, por

el de paño burdo de Santiaguillo, y le obligaron á que le sirviese de criado y le trajese los mimbres y demas materiales que para su trabajo necesitaba.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Niña de ocho años. Vestido de sedalina gris hierro, adornada la falda con un ancho volante cortado á picos adornados estos por dos cordoncitos de tono más oscuro, cuerpo alto, manga recta y ancha, por abajo recortada á picos, aldeta puf sujeta por un lazo con largas caídas de cinta groseilla, otra igual rodea el escote por detras y baja formando fisú hasta el talle, cruza por delante y se sujeta debajo del lazo de detras, sombrero de paja con torzal grosella y cintas grises, botitas de satén gris.

2. Niño de tres años. Vestido de batista de lana verde ó azul, adornado con bieses de seda blanca, botines del mismo color, sombrero blanco con cintas del color del vestido.

3. Niña de nueve años. Vestido de seda color de violeta, volante al aire, con doble cabecilla, cuerpo alto y liso, túnica de granadina color de maíz, adornada de un estrecho biés color violeta, sombrero de paja con pluma blanca y cintas violeta.

4. Traje de primera comunión, niña de doce á trece años. Vestido de muselina blanca, un ancho rizado sujeto entre el paño de delante y el del costado, cuerpo alto de peto con igual adorno que la falda, manga ancha y sujeta de trecho en trecho formando cinco bullones, velo de tul blanco.

5. Niño de catorce años. Pantalón y chaquetita larga y ceñida al talle, de paño negro muy fino, camisa de batista.

6. Niña de nueve años. Vestido color habana, de foular, falda adornada con un volante con cabecilla, cuerpo alto, manga entreancha, túnica sin mangas de batista, color de cuero, corta y abierta por delante, larga y recogida por detras; sombrero de paja con pluma y cintas color habana, botitas del mismo color.

MADRID, 1874.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a

(SUCESORES DE RIVADENEYRA).